

# El baile infinito de Rasputín



HERNÁN LAVÍN CERDA

Aún se desliza la sangre de Rasputín, aquel monje  
más cuerdo y más loco, sobre la nieve de Rusia, esa nieve  
que levanta el vuelo, sólo el vuelo sexual y místico  
de aquellos locos sagrados en la antigua Rusia, la sangre  
azul, de color ámbar, la sangre azul y blanca de todas  
las Rusias, más allá del relámpago, en esta geografía  
de nieves eternas, donde aparece y desaparece  
la orgía casi perpetua de Novykh, Grigori Iefimovich,  
el monje Novykh de los ojos encendidos como una novia  
más piadosa y brutal que virgen, ya nadie es virgen  
en los baños públicos donde las putas abrazan a Rasputín y lo besan  
como si fuese el Ángel de la Guarda de los desamparados  
más jóvenes y más viejos en lo más profundo de la nieve.

Ahora Rasputín se emborracha, demiurgo y taumaturgo, canta  
como si lo hubiera perdido todo en la fiesta  
de la piedad y del milagro, todo es milagro, y al fin baila  
y baila de modo caballuno, es la yegua más loca  
muriendo y resucitando entre las patas de su propio caballo,  
casi todo es locura y misericordia en el caballo, qué místico  
y sin freno, sí, cuánta locura en la silla  
de montar y desmontar, toda la euforia del mundo  
en la silla del caballo de sí mismo, todo es milagro, espesura  
y desesperación, caridad y tinieblas en la orgía del caballo  
que nunca deja de bailar sobre la pista del desenfreno bajo las luces  
de color ámbar, aquella pista del Hotel Astoria, en San Petesburgo.

Nací del soplo del Espíritu Santo que está muy feliz y aún gime  
en el vientre de mi madre cuya virginidad es eterna como el vuelo  
de las nieves desde el vientre infinito de la Santa Rusia,  
yo me emborracho, yo bailo y canto en la borrachera  
de todas las Rusias de este mundo y del otro mundo,  
cantan y respiran y bailan por mí las nieves  
de la agonía y del arrepentimiento, yo pecador, yo niño  
extraviado en el vientre aún virgen de la enigmática zarina,  
somos el soplo, Rasputín mío, Grigori Iefimovich, somos el soplo  
de la zarina en tu espíritu, Rasputín de todas las Rusias,  
y en el fondo el temblor indomable del viento  
en la llama de la enigmática zarina, vientre  
por vientre, respiración y soplo en el corazón de la zarina  
que me pide todo sin pedirme nada, que sólo llora sin llorar nunca,  
yo canto y bailo en el vientre de la Santa Rusia con todas  
sus lámparas encendidas bajo las nubes  
que van y vienen desde lo más profundo del Santo Infierno,  
venid a mí, túnel y vientre, zarina de Nicolás II, zarina loca  
en los túneles de Moscú y de San Petesburgo, llueve  
sobre el túnel del Espíritu Santo en las aguas del río Moscova, llueve  
a lo lejos, desde lejos, muy lejos, llueve desde el otro mundo  
sobre el soplo y la trinidad en llamas del Espíritu Santo,  
qué afeminado el príncipe Yussupov que una vez más me visita  
para dispararme tres tiros, la Santísima Trinidad en aquellos tiros  
a la altura de mi corazón, la trinidad en llamas desde aquel sótano  
donde el alcohol aún palpita en el fondo de la bilis  
y tiemblan las uvas endemoniadas como una novia sin destino.

Mi cuerpo al fin se desploma sobre las nieves eternas de la Santa Rusia,  
Yussupov sigue disparando más allá de 1916 con su cara de virgen,  
virginidad y locura en la zarina que se estremece  
y vuela sobre las aguas del río Moscova  
donde yo bailo y canto, borracho, yo canto y bailo, borracho,  
nunca dejaré de bailar en aquella pista de San Petesburgo.